



Comment

“Releer las bienaventuranzas a la luz de este momento”

Mgr. Eduardo Garcia

*Bishop of San Justo, National Assistant of CA Argentina
and IFCA Assistant*

“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”,

“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados”

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”

“Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”

“Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos”.

“Bienaventurados ustedes cuando los insulten y los persigan y los calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocíjense, porque su recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes”

El Papa a comienzos de marzo de este año nos invitaba a responder «al grito de la tierra y de los pobres» y alertaba diciendo «renuevo mi llamamiento urgente a responder a la crisis ecológica. El clamor de la tierra y el clamor de los pobres no dan para más». Y al proponer celebrar el quinto aniversario de la “Laudato si” no imaginábamos lo que sucedería apenas unas semanas después con la pandemia del Covid-19.

Los planes Dios muchas veces desarman nuestros planes, pero sin embargo su Espíritu sigue conduciendo la historia más allá de nuestros cálculos, esta “Semana Laudato” si nos inspira a una relectura del mundo en su clave y una relectura a la luz de la pandemia. No podemos aislar dos cosas que están tan

íntimamente conectadas, no podemos negar las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales”. Todo está conectado” y trágicamente, esta catástrofe sanitaria tiene mucho en común con la catástrofe ecológica.

Cuando pasan ciertas cosas en mundo y en la Iglesia, es bueno que nos preocupemos y suframos. Hoy, de una manera muy vertiginosa el panorama mundial, nacional, social, familiar y también eclesial cambió por la presencia del Coronavirus. Todo esto ha engendrado miedo, angustia, tristeza, incertidumbre y también pesimismo. La naturaleza y sus leyes nos enfrentan al unísono haciéndonos ver de golpe muchas cosas que nos negábamos a ver: dolor, pobreza, inequidad....

Los tiempos dolorosos nos sacuden: no podemos caer en la tentación inútil de la lamentación y más desastrosa de querer ignorarlos como si la vida pudiera volver a ser como antes. “Nada volverá, ni podrá ser igual”, incluso si una vez pasada la tormenta siguiéramos como si aquí, no hubiera pasado nada no habremos aprendido las lecciones de la vida y las llamadas que nos va haciendo el Señor, en esta casa común, obra creadora de Dios.

Las precauciones, el aislamiento, los barbijos y todo lo que hemos vivido en este tiempo para evitar el contagio han puesto frente a nosotros el tema de la contaminación. En la encíclica sobresale una afirmación categórica del papa, que surge al analizar “las razones por las cuales un lugar se contamina”, las cuales están indudablemente asociadas “al funcionamiento de la sociedad, de su comportamiento, de sus maneras de entender la realidad”, y que, por lo tanto, hacen que no se pueda “encontrar una respuesta específica e independiente para cada parte del problema”. Francisco afirma: “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental”.

Sabemos por la fe, que en el interior de toda crisis está Dios conduciendo la historia, está Cristo presidiendo su iglesia, está el Espíritu Santo engendrando en el dolor los tiempos nuevos para la nueva creación. Pero sólo desde el tamiz de la cruz purificadora y sanadora podremos empezar a vislumbrarlos.

Con el marco de la Pandemia y sus efectos, como discípulos del Señor, se nos hace imprescindible escuchar la voz del Señor que nos llama a volver de una manera más despojada al Evangelio para que nos ayude sin excusas: por un lado, a asumir la realidad dolorosa y lacerante que vive nuestro pueblo y por otro, a descubrir aquí la providencia del Padre, el paso del Señor por la historia y nuestro lugar en ella. La reflexión sobre “Laudato Si’ nos tiene ayuda a repensar el mundo que tiene que surgir una vez que la pandemia haya pasado. Esta es una oportunidad para empezar de nuevo, y para trabajar consciente y responsablemente para que el mundo “post pandemia” sea sostenible y justo, humano y fraterno, responsable y agradecido.

Nuestro pueblo, nuestra gente siente en su ánimo y en su economía el golpe de la crisis. La respuesta no puede ser la desesperación, la angustia, la violencia. Necesitamos pedir esas esas entrañas de misericordia que

necesitamos para que desde la espiritualidad de las bienaventuranzas hechas carne en Mateo 25 seamos luz y fuerza.

Por eso me gustaría releer las bienaventuranzas a la luz de este momento

1. Bienaventurados los que, cuando las aparentes seguridades desaparecen; las prescripciones y mandatos caen y sienten en la carne personal, del mundo y la historia la experiencia de vulnerabilidad, se animan a volver a *lo esencial*.
2. Bienaventurados los que en medio de la necesidad no recurren a la violencia, sino que se animan a pedir ayuda y dan gracias al recibirla
3. Bienaventurados los que han perdido a un ser querido, han perdido el trabajo, el sustento para sus familias, pero se levantan cada día con esperanza verdadera no dejándose paralizar por el miedo o el dolor.
4. Bienaventurados los que se transforman en justicia y providencia para sus hermanos desafiando cada día el miedo a la pandemia y arriesgándose al martirio de la caridad como profesionales sanitarios, voluntarios, bomberos, cuerpos y fuerzas de seguridad, servicios públicos, e instituciones públicas y privadas
5. Bienaventuradas las comunidades cristianas, sus laicos, sacerdotes, diáconos y consagrados que han agudizado el oído y abierto el corazón al clamor de la tierra y de los hombres multiplicando sus esfuerzos para atender al pueblo de Dios en sus necesidades materiales y espirituales.
6. Bienaventurados los que han descubierto las infinitas posibilidades de su corazón y de sus manos poniendo sus dones al servicio de la sociedad y de la evangelización a través de redes sociales, webs y medios de comunicación, sin buscar nada a cambio.
7. Bienaventurados los que desde el cumplimiento de las normas y desde el respeto al hermano y a la creación contribuyen silenciosamente para que todo el pueblo pueda atravesar este momento de crisis.
8. Bienaventurados los que con conciencia de pueblo y amor a la casa común no han aprovechado esa situación para enriquecerse ni han dejado sin trabajo y sin futuro a sus hermanos de camino
9. Bienaventurados nosotros si después de esta pandemia no somos los mismos: si aprendimos a valorar y a cuidar el don maravilloso de la creación y a cuidarnos unos a otros, si aprendimos a ser más fraternos y solidarios, si descubrimos que somos todos iguales de cara al dolor, a la muerte y a Dios, si no anteponeamos nuestro bien personal al bien común Bienaventurados como Iglesia si reconocemos que somos trabajadores en una Iglesia que es hospital de campaña, y por eso nos atrevemos a dejar lo artificial de nuestra fe para ser comunidad cristiana que, el único poder que tiene es el de animarse a lavar los pies de los enfermos, descartados y excluidos para después partir la vida y repartir el pan en la gran mesa de la humanidad.

Jesús nos dice: Ustedes estarán tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo (Jn 16, 20). Los tiempos nuevos necesitan hombres nuevos. Que el señor nos regale en este tiempo santo la capacidad de presentir en la noche la proximidad de la luz, y encender la esperanza desde nuestro amor de discípulos en el corazón de nuestro pueblo.